

Las mujeres y la evolución de la política mundial

FRANCIS FUKUYAMA

La política de los chimpancés

En la colonia de chimpancés cautivos más grande del mundo en el Zoológico Burger en Arnhem, Holanda, se desarrolló una lucha digna de Maquiavelo a finales de los setenta. Según la descripción del primatólogo Frans de Waal el macho alfa más viejo de la colonia, Yeroen, fue siendo gradualmente desplazado de su posición de poder por un macho más joven, Luit. Este último no pudo haber hecho esto basándose únicamente en su propia fuerza física, así que se alió con Nikkie, un macho todavía más joven. Muy poco antes de que Luit estuviera en el poder, Nikkie le dio la espalda y formó una coalición con el depuesto líder para lograr él mismo tener el poder. Luit permaneció en la oscuridad mientras amenazaban su dominio, hasta que un día fue asesinado por Nikkie y Yeroen, sus pulgares y testículos manchaban el suelo de la jaula.

Jane Goodall se hizo famosa estudiando a un grupo de cerca de 30 chimpancés del Parque Nacional de Gombe en Tanzania en 1960, el grupo que ella encontró era en general pacífico. En 1970 este grupo se dividió en lo que podríamos llamar dos bandas rivales al sur y al norte de su territorio. El antropólogo biológico Richard Wrangham, junto con Dale Peterson en su libro *Demonic Males* de 1996, describe qué pasó después. Partidas de cuatro o cinco machos del grupo del norte se salían no sólo a defender su territorio, sino que frecuentemente penetraban en el de sus rivales para sorprender individuos solos o desprevenidos. Los asesinatos eran frecuentemente horripilantes, y eran celebrados por los atacantes con ruidosa y febril excitación. Todos los machos y varias de las hembras del grupo del sur fueron eventualmente asesinados, y las hembras que quedaron, forzadas a unirse al grupo del norte. Los chimpancés del norte del parque Gombe hicieron, en efecto, lo que Roma le hizo a Cartago en el 146 a. de C., extinguir a su rival sin dejar huellas.

Hay varios aspectos notables en estas historias del comportamiento de los chimpancés. El primero es la violencia. La violencia dentro de las mismas especies es rara en el reino animal, y está normalmente limitada al infanticidio cometido por los machos que quieren librarse de las crías de su rival y aparearse con la madre. Sólo los chimpancés y los humanos parecen ser proclives a cometer asesinatos rutinariamente. La segunda es la importancia de las alianzas y de las políticas que conducen a la construcción de coaliciones. Los chimpancés, como los humanos, son criaturas intensamente sociales que ocupan su vida en lograr y mantener el dominio en las jerarquías estatutarias. Ellos amenazan, suplican, engatusan y sobornan a sus camaradas chimpancés para hacer con ellos alianzas, y su dominio dura el tiempo que pueden mantener estas conexiones sociales.

El último, y el más significativo, es que la violencia y la construcción de coaliciones es fundamentalmente tarea de los machos. Las hembras chimpancés pueden ser a veces tan violentas y crueles como los machos; compiten entre ellas por jerarquías y forman

coaliciones para lograrlo. Pero la violencia más asesina es la proveniente de los machos, y la naturaleza de las alianzas de las hembras es distinta. Según De Waal, las hembras chimpancés se ligan con otras hacia las que sienten cierto apego emocional; los machos son más propensos a hacer alianzas por razones puramente instrumentales, de cálculo. En otras palabras, las hembras tienen una relación; los machos practican *la realpolitik*.

Los chimpancés son el pariente evolutivo más cercano del hombre, y tienen un antecesor común de hace menos de cinco millones de años. No sólo son muy cercanos en un nivel genético, muestran también muchas semejanzas en el comportamiento. Como señalan Wrangham y Peterson, de los 4000 mamíferos y los 10 millones o más de otras especies, sólo los chimpancés y los humanos viven con nexos entre los machos, en comunidades patrilineales en las que los grupos de machos entablan feroces peleas, frecuentemente a muerte, con los de su propia especie. Hace cerca de 30 años, el antropólogo Lionel Tiger sugirió que los hombres tienen recursos psicológicos específicos para unirse a los otros, que son consecuencia de su necesidad de cazar cooperativamente, y que explican su predominio en las actividades grupales, desde la política a la guerra. En aquel tiempo, Tiger fue denunciado abiertamente por las feministas por sugerir que habían diferencias psicológicas entre los sexos basadas en la biología; sin embargo, investigaciones más recientes, que incluyen evidencias de primatología, han confirmado que los vínculos entre los machos son de hecho genéticos y preceden a la especie humana.

El salvaje no tan noble

Es demasiado fácil hacer comparaciones entre el comportamiento animal y el humano para probar una cuestión que está sujeta a discusión, como lo hicieron los socialistas al utilizar a las abejas y a las hormigas para probar que la naturaleza respaldaba el colectivismo. Los escépticos señalan que los seres humanos tienen lenguaje, razón, ley, cultura y valores morales que los hacen fundamentalmente distintos de incluso sus parientes animales más cercanos. De hecho, durante muchos años los antropólogos apoyaron lo que era una visión moderna de la leyenda del noble salvaje de Rousseau: la gente que vivía en las sociedades de cazadores-recolectores era de naturaleza pacífica. Si los chimpancés y el hombre moderno tenían una tendencia común a la violencia, la causa, en último caso, tenía que encontrarse en la civilización y no en la naturaleza humana.

Numerosos autores han difundido la idea del noble salvaje para argumentar que la violencia y el patriarcado son invenciones tardías, arraigadas tanto en la tradición judeocristiana como en el capitalismo que originalmente les dieron vida. Friedrich Engels se adelantó al trabajo de las posteriores feministas al plantear la existencia de un matriarcado primordial, que fue desplazado por un patriarcado violento y represivo con la transición a las sociedades agrícolas. El problema con esta teoría es, como lo señala Lawrence Keeley en su libro *War Before Civilization*, que los estudios más recientes y amplios sobre la violencia en sociedades cazadoras-recolectoras sugieren que en éstas la guerra es realmente más frecuente, y con índices de asesinato mucho más altos que en las modernas.

Las encuestas sobre datos etnográficos muestran que sólo alrededor del 10 o el 13 por ciento de las sociedades primitivas nunca o rara vez emprendieron una guerra o una pelea,

las restantes están en conflicto casi continuamente, o por lo menos con intervalos de años. Los exámenes más cercanos de los casos pacíficos muestran que eran frecuentemente poblaciones refugiadas que fueron conducidas a lugares remotos por una guerra anterior o grupos protegidos por una sociedad más avanzada. Entre las tribus yanomamó estudiadas por Napoleon Chagnon en Venezuela, alrededor del 30 por ciento de los hombres murieron violentamente; los ¡Kung San del desierto de Kalahari, alguna vez caracterizados como "personas inofensivas", tienen un índice de asesinatos más alto que el de Nueva York o el de Detroit. La triste evidencia arqueológica de lugares como Jebel Sahaba, en Egipto, Talheim, en Alemania, o Roaix, en Francia, indica que en el neolítico había asesinatos masivos de hombres, mujeres y niños. El Holocausto, Camboya y Bosnia han sido descritos como una forma singular, y frecuentemente como singularmente moderna, de horror. Realmente son excepcionales y trágicos, pero con amplios antecedentes de si no diez, cientos o miles de años.

Resulta claro que esta violencia ha sido largamente perpetrada por el hombre. Dado que una pequeña minoría de sociedades humanas han sido matrilineales, la evidencia de un matriarcado primordial en el que las mujeres dominaron a los hombres, es difícil de encontrar. No hubo una edad de la inocencia, la línea del chimpancé al hombre es continua.

Pero parecería entonces que hay algo de la controversia sostenida por muchas feministas en cuanto a que fenómenos como la agresión, la violencia, la guerra y la intensa competencia por el dominio en una jerarquía estatutaria están más cercanamente asociados con los hombres que con las mujeres. Las teorías de las relaciones internacionales, como el realismo, que ven la política internacional como una despiadada lucha por el poder, son en efecto lo que las feministas llaman una perspectiva de género, al describir el comportamiento de los Estados como controlados por hombres y no por sí mismos. Parecería que un mundo gobernado por las mujeres seguiría distintas reglas y es hacia este tipo de mundo que todas las sociedades posindustriales u occidentales se están moviendo. A medida en que las mujeres ganan el poder en estos países, éstos se están volviendo menos agresivos, arriesgados, competitivos y violentos.

El problema con la visión feminista es que ve estas actitudes hacia la violencia, el poder y el estatus como si fueran totalmente productos de una cultura patriarcal, cuando de hecho parecen tener su raíz en la biología. Esto hace que estas actitudes sean más difíciles de cambiar en los hombres y, consecuentemente, en las sociedades. Independientemente del ascenso de la mujer, el hombre continuará jugando un papel principal, si no dominante, en el gobierno de los países posindustriales, sin mencionar el de los menos desarrollados. Los reinos de la guerra y de la política internacional permanecerán controlados por los hombres mucho más de lo que a las mujeres les gustaría. Y mucho más importante, la tarea de resocializar a los hombres para que sean más como las mujeres —es decir, menos violentos— está llegando a un límite. Lo que crece con los huesos no puede ser alterado tan fácilmente por los cambios en la cultura y en la ideología.

El regreso a la biología

Estamos viviendo un periodo revolucionario en las ciencias de la vida. No pasa una semana sin que se descubra un gene relacionado con alguna enfermedad, condición o

comportamiento, desde el cáncer y la obesidad a la depresión, con la promesa de terapias genéticas e incluso de una total manipulación del genoma humano a la vuelta de la esquina. Pero pese a que los desarrollos de la biología molecular han recibido la parte del león en los titulares de los periódicos, se han hecho muchos progresos también en el nivel del comportamiento. La generación pasada ha visto un resurgimiento del pensamiento darwinista acerca de la fisiología humana, con profundas implicaciones para las ciencias sociales.

Durante gran parte de este siglo, las ciencias sociales habían tenido como premisa el dictum de Emile Durkheim de que los hechos sociales pueden ser explicados sólo por los hechos sociales anteriores y no por causas biológicas. Las revoluciones y las guerras son ocasionadas por hechos sociales como el cambio económico, las desigualdades de clase y los cambios de alianzas. El modelo social estándar supone que la mente es el área de las ideas, las costumbres y las normas que son productos de la cultura hecha por el hombre. La realidad social es, en otras palabras, socialmente construida: si a los niños pequeños les gusta jugar a que se disparan unos a otros más que a las niñas pequeñas, es sólo porque socializaron en una edad temprana para hacer eso.

La visión del construccionismo social, que tuvo un largo predominio en las ciencias sociales, se dio como una reacción a un mal uso anterior del darwinismo. Darwinistas sociales como Herbert Spencer o racistas radicales como Madsen Grant, del final del siglo XIX y de principios de éste, utilizaron la biología, y específicamente la analogía de la selección natural, para explicar y justificar toda clase de estratificación clasista para la dominación de los blancos europeos de una gran parte del mundo. Entonces, Franz Boas, un antropólogo de Columbia, derribó muchas de estas teorías sobre la superioridad racial europea midiendo cuidadosamente, entre otras cosas, el tamaño de las cabezas de los niños inmigrantes y haciendo notar que tendían a converger con aquellas de los norteamericanos nativos, cuando se alimentaban con la dieta estadounidense. Boas, al igual que sus muy conocidas estudiantes Margaret Mead y Ruth Benedict, argüía que las diferencias aparentes entre los grupos humanos podían radicar más en el umbral de la cultura que en la naturaleza. No había, sin embargo, ningún universal cultural mediante el que los europeos o los americanos pudieran juzgar a otras culturas. Las llamadas culturas primitivas no eran inferiores, sólo distintas. Entonces nacieron el constructivismo social y el relativismo cultural, de los que las ciencias sociales estuvieron empapadas desde entonces.

Pero hubo una revolución en el pensamiento evolutivo; tenía raíces múltiples: una era la etología, el estudio comparativo del comportamiento animal. Etólogos, como Konrad Lorenz, empezaron a notar similitudes en el comportamiento de una amplia variedad de especies, lo que sugería orígenes evolutivos comunes. Al contrario de los relativistas culturales, encontraron que no sólo era posible hacer importantes generalizaciones a lo largo de casi todas las culturas humanas (por ejemplo, las mujeres son más selectivas que los hombres en su elección de parejas sexuales) sino a lo largo de amplios rangos de especies animales. Las mayores rupturas de pensamiento fueron hechas por William Hamilton y Robert Trivers, en los años sesenta y setenta, al explicar ejemplos de altruismo en el mundo animal no mediante algún tipo de instinto de sobrevivencia sino en términos de "genes egoístas" (para utilizar la frase de Richard Dawkins) que hacían que el comportamiento social fuera en interés del animal individual. Finalmente, los avances en neurofisiología han mostrado que el cerebro no es la tabula rasa lockeana esperando ser

llenada de contenido cultural, sino más bien un órgano modular cuyos componentes han sido adaptados antes del nacimiento para ajustarse a las necesidades de los primates orientados socialmente. Los seres humanos están diseñados para actuar en ciertas formas predecibles.

La sociobiología que surgió de estas fuentes teóricas trató de dar una explicación determinista para casi todo, por lo que quizá fuera inevitable que hubiera una reacción en su contra. Pero mientras el término sociobiología iba declinando, las semillas del pensamiento neodarwiniano florecieron bajo la rúbrica de la fisiología o antropología evolutiva y hoy es una arena enorme para la nueva investigación y los descubrimientos.

A diferencia de los seudodarwinistas, a la vuelta del siglo, muchos biólogos contemporáneos no consideraron la raza o la etnicidad como categorías significativas biológicamente. Esto radica en la razón de que las distintas razas humanas han andado por aquí sólo los últimos cien mil años más o menos, apenas un parpadeo en el tiempo evolutivo. Como innumerables autores han señalado, la raza es una categoría en gran parte construida socialmente, pues como todas las razas pueden cruzarse (y lo han hecho), las fronteras entre ellas son frecuentemente difusas.

Esto no es lo mismo, sin embargo, para el sexo. Pese a que algunos papeles de los géneros están realmente contruidos, casi todos los biólogos actuales con prestigio piensan que hay diferencias profundas entre los sexos cuya raíz es más genética que cultural, y que éstas van más allá del cuerpo, están en el reino de la mente. De nuevo, esto le da la razón al punto de vista darwiniano, la reproducción sexual es algo que ha sucedido por miles o cientos de millones de años. Los machos y las hembras compiten no sólo contra su ambiente sino entre ellos en un proceso que Darwin bautizó como "selección sexual", mediante el cual cada sexo busca maximizar su propia adaptación escogiendo ciertas características para sus crías. Las estrategias psicológicas que resultan de esta infinita competencia entre los hombres y las mujeres son distintas en cada sexo.

En ninguna otra área se hace más clara la diferencia entre los sexos con respecto a la violencia y la agresión. Hace una generación, dos fisiólogas, Eleonor Maccoby y Carol Jacklin produjeron un notable volumen sobre lo que se conocía empíricamente acerca de las diferencias entre los sexos. Ellas mostraron que ciertos estereotipos acerca de los géneros, como la afirmación de que las niñas eran más sugestionables o solían tener menos autoestima, y que así eran, o la idea de que las niñas son menos competitivas podían no comprobarse de una u otra manera. En una sola cuestión no hubo discordancia en los cientos de estudios sobre esta materia: a saber, que los niños eran más agresivos, más verbales y físicos en sus sueños, palabras y acciones que las niñas. Uno llega a la misma conclusión cuando observa las estadísticas criminales. En cada una de las culturas conocidas, y en todo lo que conocemos de prácticamente todos los periodos de la historia, la mayor parte de los crímenes, y particularmente los más violentos, han sido cometidos por hombres. Hay incluso una edad específica al parecer determinada genéticamente para la agresión violenta: la mayor parte de los crímenes los cometen hombres entre los 15 y los 30 años de edad. Quizá los jóvenes de todas partes están socializando para comportarse violentamente, pero esta evidencia de distintas épocas y culturas sugiere que hay un nivel causal más profundo.

Al llegar a este punto de la discusión, mucha gente se siente incómoda y surgen las acusaciones de "determinismo biológico". ¿Pero no conocemos a una gran cantidad de mujeres que son más fuertes, de mayor tamaño, más determinadas violentas y competitivas que sus contrapartes hombres? ¿Qué la proporción de mujeres criminales no alcanza a ser relativa a la de los hombres? ¿El trabajo que va siendo cada vez menos físico, no ha hecho que las diferencias sexuales carezcan de importancia? La respuesta a todas estas preguntas es sí: de nuevo, ningún biólogo de la evolución que se preciara de serlo negaría que la cultura también configura en varias formas determinantes y que puede frecuentemente anular las predisposiciones genéticas. Decir que hay ahí bases genéticas para la diferencia sexual es simplemente hacer una afirmación estadística cuyas curvas describen la distribución de cómo ciertas características varían un poco para el hombre en comparación con la mujer. Las dos curvas se sobrepondrán en la mayor parte de los casos, pues habrá numerosos individuos en cada población que tendrán más de una de las características de las del otro sexo. La biología no es destino, como ciertas líderes de mente dura como Margaret Thatcher, Indira Gandhi y Golda Meir, lo han probado. Es algo digno de hacer notar, sin embargo, que las sociedades en las que dominan los hombres son aquellas en las que aparecen este tipo de mujeres excepcionales que ascenderán a la cima. Sin embargo, la afirmación estadística también sugiere que grandes poblaciones de hombres y mujeres, al contrario de los individuos excepcionales, actuarán en formas previsibles. Y también sugiere que estas poblaciones no son infinitamente plásticas en la manera en que su comportamiento puede ser configurado por la sociedad.

Las feministas y el poder político

Hay actualmente mucha literatura sobre género y política internacional, y una vigorosa subdisciplina feminista dentro del campo de la teoría de las relaciones internacionales basada en el trabajo de académicas como Ann Tickner, Sara Ruddick, Jean Bethke Elshtain, Judith Shapiro y otras. Esta literatura es demasiado variada para describirla sucintamente, pero es seguro que mucho de ella está relacionado con el análisis de cómo la política internacional está "sexualizada", es decir, dirigida por hombres que sirven a los intereses de su género, y que es interpretada consciente e inconscientemente por otros hombres de acuerdo con la perspectiva de su género. Entonces, cuando teóricos realistas como Hans Morganthau o Keneth Waltz arguyen que los Estados buscan maximizar su poder, piensan que están describiendo características humanas universales, cuando, como señala Tickner, están retratando el comportamiento de los Estados dirigidos por hombres.

Casi todas las feministas que estudian política internacional buscan la loable meta de una mayor participación femenina en todos los aspectos de las relaciones exteriores, tanto en las oficinas gubernamentales, como en los ministerios del exterior, en el ejército y en las universidades. Ellas están en desacuerdo con que las mujeres deban encabezar la política demostrando las virtudes masculinas de dureza, agresividad, competitividad, y la disposición a utilizar la fuerza cuando sea necesario, o en que deben deshacer la agenda política en función de las preocupaciones masculinas de jerarquía y dominación. Esta ambivalencia se hizo patente en la reacción de las feministas ante Margaret Thatcher, que era por mucho más dura y determinada que cualquier otro político que se le opusiera. No es necesario decir que la política conservadora de Thatcher no la hizo objeto de la simpatía de

la mayor parte de las feministas, que preferían con mucho a Mary Robinson o a Gro Harlem Brundtland como modelos de mujeres líderes, independientemente, o por eso mismo, de que Thatcher venciera a los hombres en su propio terreno.

Tanto los hombres como las mujeres contribuyen a perpetuar el estereotipo de las identidades genéricas que asocian a los hombres con la guerra y la competencia y a las mujeres con la paz y la cooperación. Como han señalado feministas sofisticadas como Jean Bethke Elshtain, la dicotomía tradicional entre el hombre como "sólo el soldado" que marcha a la guerra y la mujer como "el alma bella" marchando hacia la paz es frecuentemente superada en la realidad por una mujer intoxicada por la guerra y un hombre hastiado de sus crueldades. Sin embargo, como muchos estereotipos, se basan en una verdad ampliamente confirmada por la biología de la evolución. Las esposas y las madres pueden enviar con entusiasmo a sus esposos e hijos a la guerra; como las mujeres sioux, ellas pueden cuestionar a sus parientes masculinos por flaquear en ir a la batalla o en torturar ellos mismos a los prisioneros. Pero estadísticamente hablando es fundamentalmente el hombre quien goza de la experiencia de la agresión y de la camaradería, que ésta lleva consigo, y quien descubre en el ritual que la guerra, como lo señala el antropólogo Robin Fox, es otro modo de entender la diplomacia.

Un mundo verdaderamente matriarcal sería entonces menos propenso a los conflictos y más conciliatorio y cooperativo que el que habitamos actualmente. En lo que la nueva biología se separa de las feministas es en la explicación causal que da a la diferencia de papeles. La actual revolución en las ciencias de la vida ha evadido casi totalmente las observaciones de la mayoría de las ciencias sociales y las humanidades, particularmente de las partes de la academia relacionadas con el feminismo, el posmodernismo, los estudios culturales, etcétera. A la vez, hay ciertas feministas que creen que las diferencias sexuales tienen bases naturales, pero la gran mayoría está comprometida con la idea de que el hombre y la mujer son psicológicamente idénticos, y que cualquiera de las diferencias de comportamiento es resultado de una construcción anterior de la cultura predominante fundamentalmente social

La paz democrática y femenina

Una vez que uno ve las relaciones internacionales a través de los lentes del sexo y de la biología, nunca vuelve a ver de nuevo lo mismo. Es muy difícil observar cómo se dividen entre sí, en lo que parecen indistinguibles alianzas entre grupos de hombres para matarse sistemáticamente unos a otros, los musulmanes y los serbios en Bosnia, los hutus y los tutsis en Ruanda, o las guerrillas desde Liberia y Sierra Leona hasta Georgia y Afganistán, sin pensar en los chimpancés del Parque Nacional de Gombe.

El problema social básico que cualquier sociedad enfrenta es controlar las tendencias agresivas de sus hombres jóvenes. En las sociedades de cazadores-recolectores, la violencia que predomina es alrededor del sexo, una situación que continúa caracterizando los crímenes por violencia doméstica en las sociedades contemporáneas posindustriales. Los hombres mayores de la comunidad tienen generalmente la responsabilidad de socializar a los jóvenes mediante la ritualización de su agresión, dirigiéndola frecuentemente contra los enemigos externos de la comunidad. Mucha de esta violencia externa

recae también sobre la mujer. Los modernos historiadores asumen que los griegos y los troyanos podrían no haber combatido una guerra durante diez años por Helena, pero sociedades muy primitivas como los yanomamó hacen exactamente eso. Sin embargo, con la difusión de la agricultura hace 10,000 años y la acumulación de la riqueza y de la tierra, la guerra se convirtió en la adquisición de bienes materiales. La agresión canalizada fuera de la comunidad puede no hacer declinar del todo el índice de violencia, pero al menos ofrece paz doméstica entre las guerras.

El punto central de la agenda de las feministas para la política internacional parece fundamentalmente correcto: las tendencias violentas y agresivas de los hombres deben de ser controladas, no simplemente mediante su canalización a la agresión externa, sino mediante la limitación de esos impulsos a partir de una red de normas, leyes, acuerdos, contratos, etcétera. Además se necesita traer más mujeres al área de la política internacional en calidad de líderes, funcionarios, soldados y votantes. Sólo con una participación total en la política global las mujeres pueden defender tanto sus propios intereses como cambiar la agenda masculina existente.

La feminización del mundo político ha ido teniendo por supuesto lugar durante los pasados cien años con efectos muy positivos. Las mujeres se han ganado el derecho al voto y a la participación en la política en todos los países desarrollados, y también en muchos países en desarrollo, y han ejercido ese derecho con creciente energía. En los Estados Unidos todavía hay una gran brecha generacional con respecto a las cuestiones de política exterior y seguridad nacional. Las mujeres norteamericanas han sido menos partidarias que los hombres de que Estados Unidos se involucrara en guerras, como la segunda guerra, la de Corea, la de Vietnam y la del Golfo Pérsico, por un margen promedio de entre el siete y el nueve por ciento. Han sido también bastante menos partidarias de los gastos de defensa y del uso de la fuerzas militares en el extranjero. En una encuesta de Roper encargada por el Chicago Council Foreign Relations, los hombres estaban a favor de la intervención en Corea en caso de un ataque norcoreano por un margen del 49 al 40%, mientras las mujeres se opusieron por un margen del 30 al 54 por ciento. En forma similar la acción militar estadounidense fue apoyada por los hombres con un margen del 62 al 31 por ciento y las mujeres se opusieron a ella por una margen del 43 al 45 por ciento. Mientras un 54 por ciento de hombres sentían que era importante mantener un amplia superioridad militar en el mundo, sólo un 45 por ciento de las mujeres estuvo de acuerdo. Las mujeres, sin embargo, son menos propensas que los hombres a ver la fuerza como una herramienta legítima para resolver conflictos.

Es difícil saber cómo considerar esta diferencia entre los géneros, uno no puede ir de un solo paso de la biología al comportamiento electoral. Los observadores han señalado varias razones por las que las mujeres son menos proclives a utilizar la fuerza militar que los hombres, entre las que se incluye su papel de madres, el hecho de que muchas mujeres son feministas (es decir, comprometidas con una agenda de centroizquierda que es generalmente hostil a las intervenciones norteamericanas), y su filiación partidaria (más mujeres que hombres votan en favor de los demócratas). No obstante, es innecesario saber la causa de la correlación entre género y antimilitarismo para predecir que la creciente participación política femenina probablemente hará que los Estados Unidos y otras

democracias sean menos proclives a utilizar libremente su poder alrededor del mundo, como lo hicieron en el pasado.

¿Será algo bueno este cambio que tiende a dar un menor estatus al poder de los militares? Para las relaciones entre los Estados, en la llamada zona democrática de paz, la respuesta es sí. Las consideraciones sobre el género agregan una importante cuestión al vigoroso e interesante debate acerca de la correlación entre la democracia y la paz que ha tenido lugar en la década pasada. El argumento de la "paz democrática", que subyace en la política exterior de la administración de Clinton, y también en la de sus predecesores, es el de que las democracias tienden a no combatirse entre sí. Pese a que la afirmación empírica ha dado lugar a controversia, la correlación entre el grado de consolidación de las instituciones democráticas liberales y la paz interdemocrática parecerían ser una de las generalizaciones no triviales que uno puede hacer sobre la política mundial. Los teóricos de la paz democrática han sido los menos convincentes sobre las razones por las que unas democracias son pacíficas con otras. Las razones normalmente el imperio de la ley, el respeto a los derechos humanos, la naturaleza comercial de muchas democracias, etcétera son indudablemente correctas. Pero hay otro hecho que no ha sido generalmente tomado en cuenta: las democracias desarrolladas también tienden a estar más feminizadas que los Estados autoritarios, en términos de la expansión de los derechos femeninos y de la participación política en la toma de decisiones. No debería sorprenderse uno de que un cambio sin precedente histórico en las bases sexuales de la política conduzca a un cambio en las relaciones internacionales.

La realidad de las fantasías agresivas

Por otro lado, si los papeles de los géneros no están solo socialmente construidos sino originados en la genética, deberá haber límites en qué tanto puede cambiar la política internacional. En un mundo casi totalmente feminizado, las políticas femeninas podrían ser un inconveniente.

Algunas feministas hablan como si las identidades genéricas pudieran descartarse como un viejo suéter, enviando a los hombres jóvenes a realizar estudios obligatorios sobre género cuando aún sean inocentes bachilleres. Para las dos generaciones anteriores las actitudes de los hombres en un montón de asuntos que van desde la crianza de los niños, el trabajo doméstico a "mantenerse en contacto con tus sentimientos", han cambiado radicalmente por la presión social. Pero la socialización se ha logrado sólo hasta cierto punto, y los esfuerzos para feminizar a los jóvenes no serán probablemente más exitosos de los emprendidos en la Unión Soviética para convencer a la gente de que trabajara los sábados en nombre de los heroicos pueblos vietnamita y cubano. Las tendencias masculinas a agruparse con propósitos competitivos, a buscar el predominio en las jerarquías estatutarias y a exteriorizar entre sí fantasías agresivas pueden ser canalizadas pero nunca eliminadas.

Incluso aunque podamos concebir relaciones pacíficas entre las democracias, la mayor parte del escenario mundial todavía estará poblado de Estados dirigidos por algún Mobutu, Milosevic o Sadam ocasional. La crítica que Maquiavelo le hizo a Aristóteles es la de que no contara con la política exterior para la construcción de su modelo de una ciudad justa: en un sistema competitivo de Estados, los mejores regímenes adoptan las prácticas del peor

para sobrevivir. Incluso si el mundo posindustrial democrático y feminizado evoluciona hacia una zona pacífica en la que las luchas sean más económicas que militares, se tendrá que lidiar con aquellas partes del mundo dirigidas por hombres jóvenes, ambiciosos e ilimitados. Si un futuro Sadam Hussein no estuviera solamente establecido sobre los yacimientos petroleros, sino armado hasta los dientes con armas químicas, biológicas y nucleares, sería mejor que estuviéramos dirigidos por una mujer como Margaret Thatcher que por Gro Harlem Brundtland. Se requerirán todavía las políticas masculinas aunque no necesariamente a los líderes.

Las implicaciones que tiene la biología evolutiva en el candente asunto de las mujeres en el ejército no es tan claro como se podría pensar. La gran mayoría de los trabajos en una organización militar están en la enorme base de mantenimiento tras las unidades de combate, y no hay razón para que las mujeres puedan desempeñarlos tan bien o mejor que los hombres. Como el hombre evolucionó en cooperativas de cazadores y guerreros, no resulta claro por qué cualquier grupo individual de mujeres se desempeñará peor que los hombres en combate. Lo que es mucho más problemático es integrar a los hombres y a las mujeres en las mismas unidades de combate, donde estarían en una gran cercanía física durante largos periodos. La cohesión de las unidades, que es la piedra de toque en la que descansa el desempeño de los ejércitos, está construida tradicionalmente a partir de los vínculos masculinos, que podrían ponerse en riesgo si los hombres empiezan a competir por la atención de las mujeres. Los comandantes motivan que se construyan estos vínculos masculinos sobre la base de un poderoso instinto natural: los hombres y las mujeres sanas de 20 años que tratan de mantener la actividad sexual son tratados con políticas de "cero tolerancia" y castigos draconianos, buscando por contraste algo nada natural. Al igual que la segregación racial, la segregación de géneros en ciertas partes del ejército no parece ser justamente lo apropiado pero es necesaria.

Las Margaret Thatchers del futuro

La feminización de la política democrática interactuará con otras tendencias demográficas en los próximos cincuenta años para producir cambios importantes. Por la precipitada caída de los índices de fertilidad en el mundo desarrollado desde los años sesenta, la distribución de edades en los países de la OCDE cambiará radicalmente. Mientras el promedio de edad de la población de América fue de alrededor de 20 años durante las primeras décadas del siglo xx, ascenderá a 40 en el 2050. El cambio será incluso más radical en Europa y en Japón donde los índices de inmigración y fertilidad son los más bajos. Según las proyecciones de bajo crecimiento de la División de Población de la ONU, la edad promedio en Alemania será de 55, en Japón de 53 y en Italia de 58.

El envejecimiento de la población ha sido abordado hasta ahora fundamentalmente en términos de las responsabilidades de seguridad social que generará. Pero trae consigo un montón de otras consecuencias sociales también, entre ellas el surgimiento de las mujeres de mediana edad como uno de los más importantes bloques de votantes que cortejarán los políticos de la mitad del siglo xxi. En Italia y en Alemania, por ejemplo, las mujeres de alrededor de 50 años, que ahora constituyen el 20 por ciento de la población, llegarán al 31 por ciento en 2050. Por supuesto que no hay forma de predecir cómo votarán, pero parece probable que ayudarán a elegir más mujeres líderes y estarán menos inclinadas por las

intervenciones militares de lo que han solido estar tradicionalmente los hombres de mediana edad. Edward Luttwaki del Center for Strategic and International Studies, ha pensado que la declinación en el tamaño de las familias ha hecho a la gente de los países desarrollados mucho más recelosas de las bajas en el ejército que las gentes de las sociedades agrícolas, con sus excedentes de hombres jóvenes e impetuosos. Según el demógrafo Nicholas Eberstadt, tres quintas partes de los recién nacidos en Italia en 2050 serán niños únicos sin primos, ni medio hermanos, tías o tíos. No es insensato suponer que en ese mundo la tolerancia a las bajas descenderá aún más.

Entonces, para la mitad del siguiente siglo, Europa probablemente estará compuesta de naciones ricas, poderosas y democráticas, con poblaciones notablemente disminuidas y en gran parte de gente mayor, donde las mujeres tendrán papeles de liderazgo importantes. Los Estados Unidos, con sus altos índices de inmigración y fertilidad también tendrán más mujeres líderes, pero sobre todo población joven. Una parte del mundo mucho más grande y pobre será la de los Estados de África, el Medio Oriente y el Sur de Asia con crecientes poblaciones de jóvenes, y dirigidas en su gran mayoría por hombres más jóvenes. Como señala Eberstadt, Asia, a excepción de Japón, resistirá la tendencia a la feminización por el alto índice de abortos de fetos femeninos que cambia abruptamente la proporción entre los sexos a favor de los hombres. Este será, por decir lo menos, un mundo desconocido.

¿Vivir como animales?

En *Demonic Males* de Wrangham y Peterson (que se dice es el libro favorito de Hillary Rodham Clinton, quien lidia con uno propio), los autores llegan a la conclusión pesimista de que nada ha cambiado desde que los primeros homínidos se separaron de la rama del ancestro común con los chimpancés hace 5 millones de años. La solidaridad grupal aún está basada en la agresión a otras comunidades; la cooperación social se lleva a cabo para lograr niveles más altos de violencia organizada. Robin Fox ha argumentado que la tecnología militar se ha desarrollado mucho más rápido que la capacidad para ritualizar la violencia y canalizarla por vías más seguras. Los chimpancés del Parque Nacional de Gombe podrían matar sólo a un puñado de otros chimpancés; el hombre moderno puede evaporar a millones.

Pese a que la historia de la primera mitad del siglo xx no nos da fundamentos para tener fe en el progreso humano, la situación no es tan triste como estos autores nos hacen creer. Biología, repito, no es destino. Los índices de homicidios violentos parecen ser más bajos hoy que durante el periodo en que los seres humanos fueron cazadoresrecolectores, independientemente de las cámaras de gas y de las armas nucleares. Al contrario de lo que el pensamiento posmodernista obliga a pensar, la gente no puede liberarse completamente de su naturaleza biológica. Pero si aceptamos el hecho de que la gente tiene una naturaleza que frecuentemente es maligna, los sistemas políticos, económicos y sociales pueden diseñarse para mitigar los efectos de los instintos básicos de los hombres.

Tomemos el deseo humano, y particularmente masculino, de dominar en una jerarquía estatutaria, que la gente comparte con otros primates. El advenimiento de la democracia liberal y del capitalismo moderno no ha eliminado este deseo, pero ha abierto canales muchos más pacíficos para satisfacerlo. Entre los indios americanos plains o los yano-

mamo, prácticamente la única forma de que un hombre logre el reconocimiento social es siendo guerrero, lo cual significa, obviamente, la excelencia en matar. Otras sociedades tradicionales podían agregar otras ocupaciones como el sacerdocio o la burocracia en las cuales se podía obtener reconocimiento. La moderna sociedad tecnológica ofrece, en comparación, miles de arenas en las que se puede lograr un estatus social, y en la mayoría de ellas la búsqueda de estatus conduce a una actividad socialmente productiva y no a la violencia. Un profesor que toma posesión de la rectoría de una universidad, un político que gana una elección, o un gerente ejecutivo del creciente mercado de distribución, puede satisfacer el mismo impulso subyacente de estatus que tuviera siendo el macho alfa de una comunidad de chimpancés. Pero en este proceso, este individuo habrá escrito libros, diseñado políticas públicas o traído nuevas tecnologías al mercado que redunden en el bienestar humano.

Claro que no cualquiera puede lograr un alto rango de dominio en cualquier jerarquía estatutaria, pues éstas son por definición juegos de suma cero en los cuales cualquier ganador produce un perdedor. Pero la ventaja de una moderna, fluida y compleja sociedad, es que los sapos grandes de las charcas mayores pueden movilizarse a unas más pequeñas en las que se harán más grandes. Buscar estatus eligiendo la charca adecuada no satisficará las ambiciones de los individuos más grandes y nobles, pero gastará mucha de la energía competitiva que en las sociedades de cazadores recolectores frecuentemente no tenía casi otra salida que la guerra. La democracia liberal y las economías de mercado trabajan bien porque, a diferencia del socialismo, el feminismo radical y otros esquemas utópicos, no tratan de cambiar la naturaleza humana. Más bien, aceptan la naturaleza basada biológicamente como dada y buscan limitarla a través de instituciones, leyes y normas. Estas no siempre funcionan, pero es mejor que vivir como animales.

*El autor es profesor Hirst de política pública en la Universidad George Mason. Este año se publica su libro *The Great Disruption*.*

Traducción: AGB.

***Índices en economía y finanzas
Canadá, Estados Unidos y México (enero 1999)***

INDICADORES

Índices en economía y finanzas

Canadá, Estados Unidos y México (enero 1999)

Canadá			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q3 98	0.4	2.3
Indicador líder	Oct 98	1.1	0.2
Índice de precios al consumidor	Nov 98	0.0	1.2
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T3 98	-1.11	-2.18
Tasa de desempleo	Dic 98	8.0	8.6
Tasa de interés	Dic 98	4.99	4.58

Estados Unidos			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q3 98	0.9	3.5
Indicador líder	Nov 98	0.6	-1.3
Índice de precios al consumidor	Nov 98	0.0	1.6
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T3 98	-61.30	-38.09
Tasa de desempleo	Nov 98	4.4	4.6
Tasa de interés	Dic 98	5.14	5.80

México			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q3 98	2.0	5.0
Indicador líder	Ago 98	1.6	9.0
Índice de precios al consumidor	Dic 98	2.4	18.6
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T3 98	-4.68	-2.55
Tasa de desempleo	Nov 98	2.8	3.5
Tasa de interés	Dic 98	34.88	19.88

Definiciones y notas

Producto Interno Bruto: series en volumen. Ajustadas por temporada. **Indicador líder:** un indicador compuesto basado en otros indicadores de actividad económica (empleo, ventas, ingreso, etc). Señala movimientos cíclicos en la producción industrial de seis a nueve meses, por adelantado. **Índice de precios al consumidor:** mide los cambios en el porcentaje de precios de venta de una canasta fija de bienes y servicios. **Balanza de cuenta corriente:** en billones de dólares, no se ajusta por temporada, excepto en el caso de E.U.A. **Tasa de desempleo:** porcentaje de la fuerza de trabajo-Estándar OIT de la tasa de desempleo; en el caso de México corresponde a una definición nacional. **Tasa de interés:** tres meses.

Fuente: OCDE/OECD, Main Economic Indicators, enero 1999.
Información proporcionada por el Centro de la OCDE en México



Economía y sociedad
Participación económica

Economía y sociedad

Participación económica

POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA POR SEXO,
1991 (SEGÚN ENCUESTA)

Mujeres	9,599,035	30.7%
Hombres	21,630,013	69.3%
Total	31,229,048	100.0%

Nota: Corresponde a la población de 12 y más años de edad.

TASAS DE PARTICIPACIÓN ECONÓMICA POR SEXO,
1979-1991

Tasas (por cien)

	1979	1988	1991
Mujeres	21.5	32.3	31.5
Hombres	71.3	75.3	77.7

EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN ECONÓMICA POR SEXO,
1950-1990

Total PEA (en miles)

	Ambos sexos	Mujeres	Total
1950	8,815	1,155	13.1
1960	10,197	1,497	14.7
1970	13,406	2,543	19.0
1980	22,315	6,108	27.4
1985	26,528	7,520	28.3
1990	31,363	9,181	29.3

Tasas de actividad (por cien)

	Ambos sexos	Mujeres	Hombres
1950	46.8	12.2	81.8
1960	41.5	12.1	71.4
1970	39.7	16.6	64.0
1980	47.3	67.9	27.6
1985	47.9	67.9	28.8
1990	49.8	68.8	30.8

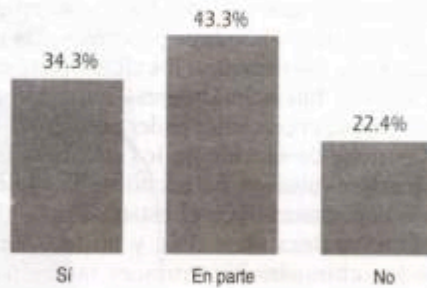
Fuente: Las mujeres latinoamericanas en cifras, FLACSO, 1995.

Mexicanos en EUA
Migración y voto

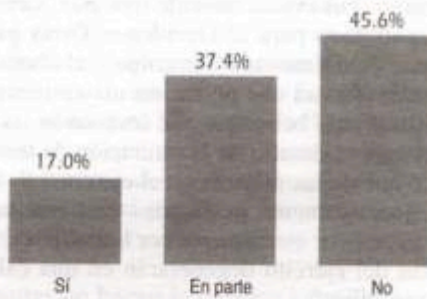
Mexicanos en EUA

Migración y voto

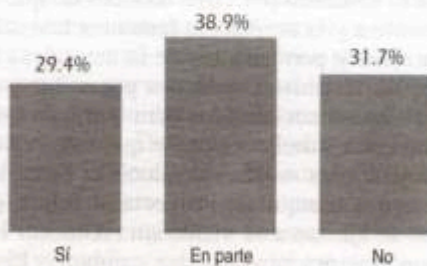
¿CREE USTED QUE LOS MEXICANOS QUE VIVEN EN EU
PIERDEN SUS RAÍCES Y VALORES?



¿CREE USTED QUE LOS MEXICANOS QUE VIVEN EN EU
SON MÁS LIBRES QUE EN MÉXICO?



¿CREE USTED QUE LOS MEXICANOS QUE VIVEN EN EU
DEBERIAN PODER VOTAR ALLÁ?



Vitrina metodológica:

Levantamiento: 25 de agosto al 3 de septiembre de 1998; **tipo de encuesta:** se realizaron 417 entrevistas tanto en el DF como en el Estado de México; se utilizó muestreo aleatorio estratificado y controles cualitativos por edad, género y nivel socioeconómico; **margen de error:** $\pm 5\%$; **nivel de confianza:** 95%.



Alianza y Asociados
Estudios sobre Valores, Opiniones,
Expectativas y Mercado

